

La necesidad de la locura.

El tiempo y las heridas. Dos ejes ya presentes en el título de esta obra de Olga Mínguez y sobre los que se construye una trama llena de secretos y verdades que ni los personajes -ni los espectadores- estamos seguros de querer ver. Porque es más sencillo creer que la cotidianidad puede hacer que se desvanezcan nuestros fantasmas e incluso acallar los gritos de una conciencia que, adormecida, nos resultaría mucho más cómoda y dócil.

Tal y como afirma Zéphyr, el poeta bohemio en esta función, «no somos capaces de descifrar el mundo, pero al menos somos conscientes de su misterio». Un misterio que inunda el texto desde sus primeras páginas y donde todo se convierte en la vida de lo no dicho o en la expresión de lo no vivido. ¿Somos lo que vemos o solo lo que dejamos ver? Quizá, como en el caso de Alexis -el Tiresias de la obra- la auténtica mirada es la que reside en nuestra capacidad para adivinar aquello que los demás esconden.

Deseos, silencios, represión, locura... Nadie está a salvo en esta fábula de un siglo que languidece -el XIX, en ese París que la autora retrata con mimo y precisión- igual que la desgastada inocencia de una familia donde todo amenaza con derrumbarse en esa cifra simbólica del séptimo aniversario de boda entre Véronique y Marcel. Un siete cargado de significado por la tradición literaria -su contundencia bíblica planea sobre la obra desde su primera mención-, tradición que, en forma de debate entre realistas y simbolistas, también se cuela en las vidas de los personajes ofreciéndoles otra forma de ver el mundo. De empezar a escribirlo y, sobre todo, de sentirlo. De algún modo, todos los personajes de la función -en ese escenario dominado por un azul que nos recuerda la estética modernista- podrían haber salido de los versos más oscuros de Las flores del mal, convertidos en encarnaciones de todas y cada una de las obsesiones que Baudelaire recogió en su transgresor poemario.

«Tenemos que ser más libres que nunca», afirma Zéphyr. Y su sentencia es una advertencia, o una exhortación, o una necesaria llamada de atención que adquiere un significado nuevo en este tiempo -este inicio del siglo XXI- en que parecemos adormecidos por una sociedad cada día más aburguesada y complaciente, en la que preferimos ocultar los problemas y buscar soluciones a corto plazo en vez de abordar las causas reales y profundizar en sus raíces.

Ese es el viaje que nos ofrece esta obra, un camino difícil y árido hacia los laberintos de la familia, entidad tan necesaria como compleja y siempre, sin duda alguna, contradictoria. Pasiones enfrentadas, rencores, agradecimientos que se convierten en soterrados chantajes y, en definitiva, emociones que van de lo más ruin a lo más noble, de lo más comprensible a lo más aterrador. Porque, a fin de cuentas, ¿qué hay que nos provoque más miedo que lo que sabemos que es real?

La autora, por fortuna, no juzga a sus personajes. Tampoco nos los describe más allá de lo estrictamente necesario. Prefiere dejar que sean ellos los que se reprochen y recriminen, los que descubran –por momentos– toda la verdad sobre sí mismos. Pero ninguno se ve privado de su posibilidad de explicarse, de ese momento en que se nos desnuda para que entendamos qué es lo que le mueve y seamos nosotros quienes decidamos si preferimos ser sus cómplices o sus verdugos. O si, como ocurre en la vida real, no nos sentimos capacitados para posicionarnos porque el maniqueísmo, fuera de las fronteras de la ficción, no suele ser de gran utilidad.

A pesar de su desenlace y del tono eminentemente dramático de la obra, se vislumbra –sin embargo– una cierta esperanza que reside en esa capacidad para amar más allá de los límites que nos impone el tiempo y las circunstancias. Resulta emocionante ese contraste entre la dureza del argumento y la confianza que, de alguna manera, parecen tener sus personajes en el amor como última salvación posible, aunque su redención transite necesariamente el límite de la demencia y los aleje de la cordura.

Quizá, en esa respuesta quijotesca, se halle la esencia de la afirmación de Zéphyr. De las voces de Frédéric. De la ceguera de Alexis. Del romanticismo casi bovarístico de Véronique. Quizá todos ellos deban despojarse de la cordura que les obliga a ceñirse a las normas para hallar su verdadera identidad, porque solo desde la osadía de la locura podrán encontrar la forma de curar esas heridas o, si la cicatriz persiste, de aprender a convivir con ellas sintiendo tanto el daño que dejan ahora como la felicidad de lo que fue o de lo que, si la cobardía no se lo impidiese, sí podría haber sido.